

Morning Post anunciando el desembarco en Boulogne, cuando me entregaron una carta de ese agente para el ministro del Interior, carta que comenzaba con estas palabras: «El príncipe Luis Napoleón ha renunciado á toda especie de tentativa de desembarco.» Dejo á juicio de V. E. el valor de los informes que podemos adquirir por este conducto, único de que disponíamos.» El príncipe había alquilado bajo un nombre supuesto á la Compañía comercial de navegación por vapor el barco *Castillo de Edimburgo* (Edinburgh Castle), pretextando una excursión á las costas de Escocia; el 4 de agosto él y sus cómplices se embarcaban en dicho vapor, y el 5 hallábanse delante de Boulogne.

XXI

BOULOGNE

Alejo de Tocqueville ha escrito en sus *Recuerdos*, á propósito de Luis Napoleón, lo siguiente. «Podemos decir, por lo demás, que fué más bien su locura que su razón la que, gracias á las circunstancias, constituyó su triunfo y su fuerza, pues el mundo es un extraño teatro.» Lo cierto es que la intentona de Boulogne fué una mala jugada que terminó en un descalabro absoluto; pero tal vez Luis Bonaparte no hubiera sido jamás Napoleón III á no mediar esta triste aventura.

El conspirador de Estrasburgo y de Boulogne estaba acosado no solamente por las visiones del Imperio francés, sino también por la del Imperio romano. Decíase á sí mismo que Napoleón había sido un César, y que él sería un Augusto. El siguiente pasaje de las *Revoluciones Romanas*, de Vertot, citado por M. de Persigny en las *Cartas de Londres*, le había impresionado particularmente: «El joven sobrino de César está en Apolonia, en la costa del Epiro, donde termina sus estudios y ejercicios, derramando abundantes lágrimas por la muerte de su tío. Languidece, desterrado lejos de Roma, presa del dolor y del pesar; pero su alma ardiente aspira á vengar la memoria ultrajada de su tío, y muy pronto revela al mundo, por un acto público, el objeto de su ambición. Sus padres y sus amigos le suplican que permanezca en el destierro; pero el joven Octavio rechaza estos consejos pusilánimes, declarando que prefiere mil veces morir á renunciar al gran nombre y á la gloria de César. Condenado por leyes inicuas, no teme arrostrarlas y marchar á Roma. Cierta día llega á la costa de Brindis y desembarca cerca de la pequeña ciudad de Lupia, sin más escolta que sus servidores y varios amigos suyos; pero sostenido por el gran nombre de César, que por sí solo debía darle muy pronto legiones y ejércitos enteros. Y en efecto, apenas los oficiales y los soldados de Brindis reciben noticia de que el sobrino de su antiguo general se halla cerca de sus muros, salen tumultuosamente á su encuentro, y después de jurarle su fe, le introducen en la plaza, haciéndole dueño de ella. Este primer triunfo es efímero, y muy pronto se siguen penas y tribulaciones; pero de este modo comienza la gran carrera del sobrino de César.» El desembarco cerca de Boulogne será la imitación del desembarco cerca de Lupia, y el príncipe Luis tomará por modelo á Octavio.

Los compañeros del príncipe en la expedición de Boulogne son en número de unos sesenta; entre ellos figuran algunos antiguos oficiales, el coronel Vaudrey y el comandante Parquín, que han tomado ya parte en la aventura de Estrasburgo; el coronel Voisin, el comandante de Mésonan y el general de Montholón, el de más alta graduación y compañero de cautividad del emperador en Santa Elena. Citemos también entre los hombres que tomaron parte en la aventura á M. de Persigny, el vizconde de Querelles, M. Bataille, M. Bachón, el doctor Conneau, M. Bouffet de Montaubán y M. Bure, hermano de leche del príncipe. Agréguese á este pequeño grupo una treintena de soldados licenciados á quienes se contrató en Francia á título de sirvientes. Un prendero de París había vendido los uniformes, y el doctor Conneau compró una prensa é imprimió por su propia mano las diversas proclamas que firmadas por Luis Napoleón debían distribuirse en Francia. La primera, dirigida al ejército, estaba concebida en estos términos: «¡Soldados, Francia ha nacido para mandar, y ahora obedece! Sois lo más escogido del pueblo, y os tratan como vil rebaño. Habéis querido saber qué era de las águilas de Austerlitz y de Jena. ¡Yo os las traigo! Con ellas tendréis gloria, honor y fortuna. ¡Soldados, la gran sombra del emperador Napoleón os habla por mi voz. ¡Soldados, á las armas!»

En otra proclama, el príncipe dice al pueblo francés: «Desterrado de mi patria, si solamente fuera desgraciado, no me quejaría; pero la gloria y el honor del país están desterrados como yo. Hoy, lo mismo que tres años hace, vengo á consagrarme á la causa popular. Una casualidad fué causa de mi fracaso en Estrasburgo, y el jurado alsaciano me probó que yo no me engañaba..... Recordad todos, clases laboriosas y pobres, que entre vosotros elogia Napoleón sus tenientes, sus mariscales, sus ministros, sus príncipes y sus amigos..... Como francés veo ante mí el porvenir brillante de la patria, y me parece tener á mi espalda la sombra del emperador, que me impele hacia adelante.» Seguía un decreto según el cual la dinastía de los Borbones de la rama de Orleáns dejaba de reinar; la Cámara de los Pares y la de los diputados quedaban disueltas; se convocaría un Congreso nacional apenas llegase el príncipe á París; M. Thiers sería nombrado presidente del gobierno provisional; el mariscal Clausel, comandante en jefe de las tropas reunidas en París; y por último, todos los oficiales, subalternos y soldados que manifestaran enérgicamente sus simpatías por la causa nacional serían recompensados generosamente en nombre de la patria.

El 3 de agosto de 1840, todo el material se ha transportado, en el puerto de Londres, á bordo del vapor *Castillo de Edimburgo*: dinero, municiones, dos coches, cajas de uniformes, cestos con botellas de vino y de licor, nueve caballos y un águila viva. En la mañana del 4 de agosto, el príncipe se ha embarcado para ir á buscar á sus cómplices en diversos puntos, y la reducida tropa se divide para no despertar la atención de las autoridades inglesas. El barco no ha ido directamente á su destino, sino que ha bordeado largo tiempo, y hasta el 6 de agosto, después de media noche, no ha echado anclas á un cuarto de legua de

la costa enfrente de Vimereux, pequeño puerto situado á unos cuatro kilómetros al Norte de Boulogne.

La conspiración parece tener muchas menos probabilidades de éxito que la



El general de Montholón, compañero de cautividad del emperador en Santa Elena y uno de los primeros partidarios de Luis Napoleón

de Estrasburgo. En este último punto, Luis Bonaparte podía contar cuando menos con el jefe de uno de los regimientos, el coronel Vaudrey; pero en Boulogne no tendrá por cómplice más que un solo oficial de la guarnición, el teniente Aladenize, del 42 de línea. El príncipe se imagina que dicho teniente le bastará para atraer á todo el regimiento; que irá después á Lille; que el general Magnán, comandante en el departamento del Norte, le seguirá, y que aclamado á su paso en todas partes por las tropas y la población, hará una marcha triunfal hasta París. Eran otras tantas ilusiones que iban á quedar defraudadas tan

cruel como rápidamente. La partida se ha perdido aun antes de comenzarla, y jamás el fracaso de una empresa había sido más lamentable.

Entre dos y tres de la madrugada un bote se destaca del vapor y hace cuatro viajes sucesivos para conducir á tierra á todo el personal de la expedición. Algunos carabineros se presentan, y á pesar de todas las instancias, de todas las promesas de dinero, se niegan á unirse á los conjurados, que continuando su marcha llegan á Boulogne á eso de las cinco de la madrugada. Primer contra-tiempo en la plaza de Alton, donde una guardia compuesta del sargento y de cuatro soldados se niega, lo mismo que los carabineros, á tomar parte en la trama. Los expedicionarios llegan al cuartel del 42 de línea, y secundado por el teniente Aladenize, el príncipe trata de seducir á la tropa; resuenan gritos de «¡viva el emperador!» pero el capitán Puygelier exclama: «¡Soldados, os engañan! ¡Viva el rey!» Y consigue rechazar á los conjurados hasta fuera del cuartel, cuyas puertas manda cerrar al punto. El príncipe y sus cómplices tratan entonces de sublevar al pueblo, pero sin mejor resultado, y después de intentar inútilmente la entrada en el castillo, se deciden á ir á la columna del Gran Ejército, situada como á un kilómetro de la ciudad. Suben á la cima de esta columna para enarbolar la bandera imperial; pero se presenta un destacamento del 42 de línea y pone en fuga á los conjurados; el príncipe quiere hacerse matar al pie mismo de la columna; mas sus amigos lo impiden y se le llevan consigo. La mayor parte de los conjurados, perseguidos por la tropa y por la guardia nacional, llegan hasta la orilla, y aquí se les detiene; el príncipe y algunos de sus cómplices se arrojan al mar con la esperanza de alcanzar á nado un bote; pero los soldados y los guardias nacionales hacen fuego, casi á boca de jarro, sobre los nadadores. Al príncipe le alcanza una bala que le atraviesa el uniforme; el señor de Viengiki es herido gravemente, el coronel Voisin recibe dos balazos, y el capitán de Hunio se ahoga, muriendo también el Sr. de Faure.

El teniente del puerto, M. Pollet, salta á un bote con cinco hombre, y dos gendarmes, y apodérase del príncipe y de los otros nadadores, desfallecidos de fatiga, entre los cuales se hallan M. de Persigny, el coronel Voisin, el doctor Conneau y M. de Mésonan. Se desembarca al príncipe, le conducen en coche al castillo, y aquí obtiene autorización para acostarse inmediatamente. Todos los conjurados están prisioneros; son las ocho de la mañana. La intentona ha sido asunto de tres horas. El subprefecto dirige al ministro del Interior el parte siguiente: «Luis Bonaparte está detenido, y se le acaba de conducir al castillo, donde se halla bien custodiado. La conducta de la población, de la guardia nacional y de la tropa de línea ha sido admirable.»

M. Guizot había salido de Londres el 6 de agosto, dejando la gerencia de la embajada al barón de Bourqueney, que llegó á ser, bajo el reinado de Napoleón III, embajador en Viena y segundo plenipotenciario de Francia en el Congreso de París. El barón escribió á M. Molé el 7 de agosto: «El gran acontecimiento del día de ayer es la noticia que ha circulado sobre el desembarco

de Luis Napoleón en Boulogne. Las noticias se han recibido por un expreso llegado al *Morning Post*, que publicó una tercera edición. El efecto producido al pronto fué una incredulidad completa en la locura de semejante empresa; y en la sociedad donde he creído deber presentarme por la noche, aunque no fuese más que para manifestar el profundo desprecio que me inspiraba tan absurda



Luis Blanc, director del diario radical *Revista del Progreso*, que dispensó su protección á Luis Bonaparte

tentativa, no encontré sino personas convencidas de que la noticia era puramente una jugada de bolsa. Esta noche han llegado los detalles.» Se había hecho circular el rumor de que antes de salir de Inglaterra el príncipe Luis había visto á lord Palmerston; pero este último hizo desmentir la noticia por el diario ministerial *El Globo*, diciendo además á M. de Bourqueney: «Ya conocéis la dejadez de las costumbres oficiales inglesas, y sabéis también que hubiéramos podido, yo y mis colegas, conceder una cita á Luis Napoleón, encontrarnos por casualidad en cualquier casa, y tener, en fin, con él cualesquiera relaciones eventuales ó de sociedad. Pues bien: no ha habido nada de esto, y os juro por mi honor que no hemos visto al príncipe ni á ninguno de los aventureros que le rodeaban. Para mí es cosa demostrada que se ha imaginado aquí la noticia de una visita, hecha ó recibida, que se transmitió á los diarios franceses, bien

para acreditar la falsedad de un apoyo indirecto, bien para agriar y comprometer las relaciones de nuestros dos gobiernos.» Del vencido de Boulogne renegaban todos los hombres de Estado, extranjeros ó franceses.

M. Guizot refiere en sus Memorias que, al llegar al castillo de Eu el 7 de agosto, encontró al rey, á M. Thiers y á todos los cortesanos muy animados y tranquilos respecto á cuanto acababa de suceder. Veían al mismo tiempo la explosión y el fin de los manejos bonapartistas, admirábanse de ellos y se burlaban. «¡Qué singular espectáculo, declábase, ofrecería Luis Napoleón arrojándose al agua para ganar á nado un mísero bote en medio de los tiros de la guardia nacional de Boulogne, mientras que el hijo del rey y dos fragatas francesas surcaban el Océano para ir á buscar en Santa Elena lo que ha quedado del emperador Napoleón!»

En París los diarios acogieron la aventura con desdeñoso desprecio. He aquí lo que se leía, el 8 de agosto, en tres de los principales órganos de la opinión pública:

El *Journal des Debats*: «Esto pasa de comedia. No se mata á los locos, pero se les encierra.»

El *Constitutionnel*: «En ese mísero asunto, lo odioso se toca con lo ridículo. Luis Bonaparte se avergonzará de no ser más que un criminal grotesco.»

La *Presse*: «El hijo del ex rey de Holanda tiene tan poca alma como corazón. Ni siquiera es un jefe de partido; no es más que su maligna caricatura.»

Los diarios extranjeros no se mostraban más indulgentes. El corresponsal del *Times* escribía: «Acabo de ver á Luis Napoleón; el pobre diablo se hallaba en triste estado. Estuvo á punto de ahogarse, y las balas le acosaban de cerca. Después de todo, si una de ellas le hubiese tocado, tal vez hubiera sido el mejor fin para tan maligno imbécil.» Solamente los diarios radicales de París, tales como el *Nacional* y la *Revista del Progreso*, de Luis Blanc, afectaron dispensar al vencido su protección algo altiva.

También hubo una mujer que levantó su voz, no para justificar al príncipe, sino para alegar en su favor circunstancias atenuantes. Fué la señora Emilia de Girardin, que escribió en una de sus *Cartas parisienses*, entonces de moda: «¡Desgraciado proscrito! Quiere conquistar Francia para tener cuando menos el derecho de visitarla, y razón teníamos al decir: No es un trono lo que pide, sino una patria. Pero esta Francia, á la que no le era posible conocer por sí mismo, creía poder juzgarla por aquellos que tienen la pretensión de representarla y de expresar su pensamiento; estudiábala en nuestros patrióticos diarios, y este estudio peligroso le ha conducido á sus errores y desgracias.» La señora de Girardin concluía así: «¡Pero cómo! Todos los diarios de Francia han dicho durante dos años á ese desterrado: «¡Francia perece en la esclavitud; la desprecian, está deshonrada, desesperada, perdida!» ¡Y ahora osan juzgarle culpable por haber venido en su auxilio! ¡Ay de mí!, tienen razón, porque en política es un crimen escuchar dos veces á los impostores.»

El príncipe fué trasladado desde Boulogne al fuerte de Ham, adonde llegó el 9 de agosto, y el mismo día una real orden le sometía á él y á sus cómplices á la jurisdicción de la Cámara de los Pares. La mayor parte de los diarios criticaban esta decisión, sosteniendo que al jurado correspondía entender en el asunto; pero en el *Journal des Debats* se leía lo que sigue: «Como pretendiente al trono, el príncipe Luis Bonaparte es ridículo, ya lo sabemos, ridículo á los ojos de todo el mundo; como acusado, no sería imposible tal vez que el sobrino del emperador encontrase un segundo jurado de Estrasburgo, y es poco probable que se suponga esta eventualidad. El gobierno sería insensato y culpable si se expusiese á ella.» Después de permanecer tres días en la ciudadela de Ham, el príncipe fué conducido á París, adonde llegó en la noche del 12 al 13 de agosto, y fué encerrado en la Conserjería.